

# LA SOLIDARIDAD AMERICANA

Y

## LA GUERRA EUROPEA



### DISCURSO

Pronunciado por el Senador por  
Puno Dr. D. Mariano H. Cornejo,  
en la sesión del Senado celebrada  
el viernes 7 de setiembre de 1917,  
al defender la moción de orden  
del día presentada a la considera-  
ción de la Cámara, sobre la actitud  
del Perú en la guerra europea.



LIMA

—  
IMPRENTA DEL ESTADO—NUÑEZ, 206

—  
1917

# LA SOLIDARIDAD AMERICANA

Y

## LA GUERRA EUROPEA



### DISCURSO

Pronunciado por el Senador por Puno Dr. D. Mariano H. Cornejo, en la sesión del Senado celebrada el viernes 7 de setiembre de 1917, al defender la moción de orden del día presentada a la consideración de la Cámara, sobre la actitud del Perú en la guerra europea.



LIMA

—  
IMPRENTA DEL ESTADO—NUÑEZ, 206

—  
1917

---

---

# Cámara de Senadores

---

(Sesión del viernes 7 de setiembre de 1917)

.....

.....

## ORDEN DEL DIA

El orador presentó a la mesa la siguiente moción:

*El Senado declara que la política internacional del Perú debe inspirarse en la solidaridad que une a todas las naciones del continente con los Estados Unidos de América.*

---

---

## La solidaridad americana y la guerra europea

---

Señor Presidente:

Debo comenzar por expresar mi profunda gratitud al señor Ministro de Relaciones Exteriores por su presencia en esta sesión. Ello demuestra que comulga en el dogma fundamental de todos los hombres de Estado europeos; de que un pueblo que quiere gobernarse a sí mismo, debe discutir constante y públicamente todos sus problemas internos y externos.

### **LAS SESIONES SECRETAS**

En el derecho moderno, no se concibe sino los Gobiernos de opinión; Ministros, dando cuenta continua de sus actos y de sus intenciones a los Parlamentos; y Parlamentos, actuando bajo el control severo y constante de la opinión pública. (Aplausos). Yo por eso, señores, he creído siempre, que son un convencionalismo absurdo las sesiones secretas. Si se trata de relaciones con grandes potencias, es una petulancia suponer que pueda afectarlas lo que los oradores

de ellas puedan decir, acostumbradas a discutir siempre públicamente toda su política.

Si se trata de pequeños pueblos, sólo sirven para crear injustificados celos y desconfianzas.

En un tiempo en que el secreto era la regla general indiscutida, la Convención francesa discutió públicamente su política externa, y así salvó a Francia, Napoleón III, con su política reservada, la llevó al desastre.

En el Perú, la discusión de un tratado en sesión secreta sirvió para que la agresión más injustificada quisiera cubrirse con el pretexto de una intriga tramada en el secreto contra la seguridad del agresor.

Hablo, señores, en general. En el 95 por ciento de los casos, el secreto cubre frecuentemente o el abuso o la ineptitud, y muchas veces abdicaciones inverosímiles, como las que a veces ha padecido el Perú. Yo, por eso, profeso como doctrina constitucional que las sesiones secretas son un atentado audaz a que recurren las burocracias o las oligarquías, con el fin de sustraer las razones que alegan los hombres políticos, para explicar sus actitudes al juicio inapelable y soberano de la opinión. (Grandes aplausos).

#### TRASCENDENCIA DEL PROBLEMA.—LA IDEA DE PATRIA

Señores: yo no exagero cuando digo que jamás el Perú, en su historia pasada, que

jamás en el porvenir, tendrá un problema más grande que fijar su actitud frente al conflicto mundial, cuyas llamaradas iluminan la conciencia humana, trayendo a juicio todos los dogmas religiosos y científicos, todos los valores morales y todas las utopías que ha imaginado el hombre en el curso de los siglos.

Yo pregunto: ¿valdría la pena de tener un Parlamento, si en su tribuna no tuvieran un eco los dolores y los heroísmos, la fe y las dudas, el antagonismo entre el bien y el mal, los grandes ideales que rompiendo la sombra espesa de las edades, avanzan como una aurora boreal en el cielo infinito del espíritu humano? (Estruendosos aplausos).

Habréis observado, señores, que los discursos que con este motivo pronuncian los gobernantes europeos, el mismo canciller alemán y los ministros de Inglaterra y de Francia y el presidente Wilson, son muy distintos de los discursos que en otra época pronunciaban; parecen oraciones de filósofos, porque discuten los fundamentos del bien y del mal, porque discuten el porvenir de la especie humana. Así, pues, no ha de extrañar al Senado que antes de estudiar brevemente la cuestión, desde el punto de vista político y diplomático, diga algunas palabras sobre su aspecto general e histórico.

Señores: un vicio en la mayor parte de nuestros hombres políticos, que se atribuyen voluntariamente el don de ser prácti-

cos, es no querer ver sino el interés inmediato; y como entre nosotros el interés inmediato es esencialmente burocrático, consistente en defender o en perseguir posiciones, resulta que nuestra política degenera constantemente, adquiriendo una aversión cada vez mayor a los grandes principios y a los grandes ideales. (Aplausos prolongados en la barra).

Yo lo he dicho otras veces. En el universo, no es realidad solamente la materia que pesa. Es también realidad la luz intangible. Por eso no conoce la realidad quien no calcula la energía invisible, las atracciones y repulsiones misteriosas, que son la única clave para explicar el ritmo, que hace de la obscuridad de las noches, la condición necesaria de la claridad de los días. Lo mismo, señores, en la sociedad. No es sólo realidad el interés inmediato; son también realidades los principios, sin los cuales no viven los intereses. Por eso no conoce la realidad social quien no calcula las atracciones invisibles de las ideas, que también son la única clave para explicar el ritmo que hace de las obscuridades de la guerra y de la violencia, la condición necesaria para las claridades de la paz y del derecho. (Aplausos).

Yo he dicho, señores, también, que la nacionalidad, que la patria es hoy un concepto totalmente, esencialmente, absolutamente ideal; que la patria no es un interés. Las tribus primitivas eran un interés: fuera de la tribu, el salvaje no encuentra sino la

muerte o la esclavitud; hoy el extranjero vive bien en todas partes, vive mejor que en su patria, está libre del servicio militar. Hoy que contemplamos en América a las ricas colonias europeas, con gran fortuna y con gran posición social; hoy señores,— y esto lo han dicho muchos pensadores— para la patria se ha producido una gran crisis; la idea de patria está en crisis. Yo os digo que para la patria se presenta un dilema insalvable: o la patria es interés de unos pocos, el interés de un grupo de parásitos incapaces de luchar por la vida, o es el ideal de todos. Lo que es la patria interés, la patria burocrática que reparte el turrón del presupuesto entre los favoritos; la patria madrastra que le quita al pobre para darle al rico; la patria injusta, que premia al cortesano abyecto y que excluye o destierra al repúblico independiente; señores, la patria de los silencios y de los tapujos, la patria de las camarillas confidenciales y de las sesiones secretas, esa patria está muerta, sin remedio, en la conciencia humana. (Grandes aplausos).

Esa patria ha sido destruida por la ciencia moderna; ha sido destruida por la lógica de las ideas; no puede resistir el ataque a fondo ni del cosmopolitismo antipatriótico de los maximalistas rusos ni del anarquismo doctrinario de las izquierdas socialistas. Solamente la patria de todos, la patria ideal, tiene vitalidad; esa patria que se confunde con la democracia y con la



justicia. Por eso, señores,—y me dirijo a los hombres de Estado, que me escuchan—debeís meditar mucho esta cuestión. La patria, como la religión, sólo puede vivir apelando a los sentimientos nobles y desinteresados; apelando a entusiasmos generosos, levantando contra las tiranías del egoísmo animal, la aspiración al bien que tiene la conciencia; rasgando la negra envoltura de los intereses para mostrarle al espíritu el cielo azul en que brillan las ideas. (Grandes aplausos).

#### LOS IDEALES POLITICOS DE LOS PUEBLOS

Pero, señores, no solamente la patria es un concepto ideal; lo son también todos los fines políticos que han perseguido los grandes pueblos.

Unir en un Estado a los hombres que hablan la misma lengua, a los que profesan la misma religión, a los que ocupan la misma región geográfica, a los que creen depender de un mismo origen; luchar siglos de siglos por un mesianismo religioso, como el de los cruzados o el de los califas; perseguir años de años la unidad de la península ibérica o de la península itálica o de la península balcánica; concebir proyectos gigantescos como el de la más grande Bretaña; caer en utopías como el paneslavismo o el pan-germanismo, convendréis conmigo que son conceptos ideales que no se derivan de la

realidad y de la reflexión, sino más bien de la fantasía y del sentimiento. Sin embargo, esos ideales en los empeños de su realización, en el relativismo de sus éxitos, en la reacción de sus fracasos, han creado todas las fecundas realidades de la política. A la sombra de sus proyectos, con el motor de sus entusiasmos, se han acumulado intereses, han surgido instituciones democráticas, se han cristalizado nacionalidades; es decir, se ha formado todo el cuadro de la cultura moderna. (Aplausos).

¿Sabéis, señores, por qué es esto? Permittedme que os diga en dos palabras una gran verdad filosófica, que tiene una gran trascendencia política. Hay una verdad que demuestra la armonía entre el universo y la sociedad, la profunda armonía entre la ciencia y la historia; ¿sabéis cuál es esa verdad? Pues es esta. Para la ciencia, la realidad nunca será sino un ritmo, compuesto de un doble proceso, de una acción que a través de concentraciones infinitas, transforma la luz en la sólida masa de los planetas y en la fugaz pulsación de la vida, y una reacción que a través de la muerte y de la radioactividad, disuelve la vida y la materia en el éter intangible. Pues bien: lo mismo para la ciencia, la sociedad nunca será otra cosa que un ritmo, compuesto de un doble proceso, de una acción que a través de emociones, de entusiasmos, de utopías, transforma los pequeños intereses en grandes ideales, y de una reacción que a través de

egoísmos, transforma a su vez los ideales en intereses. (Aplausos).

¿Sabéis en qué consiste, señores, la ciencia suprema de los hombres de Estado? Consiste en saber cuál es la hora de los ideales y cuál es la hora de los intereses. ¡Ay de los pueblos que equivocan el gran péndulo de la Historia!..... ¡Ay de los pueblos que en la hora de los intereses se quedan dormidos en la nube de los ideales! Y ¡ay de los pueblos que en la hora de los ideales se quedan enterrados bajo la lápida de los egoísmos! (Aplausos).

Yo os digo, señores, que esta guerra se debe a una gran equivocación del Imperio Germánico. Creyó que había llegado la hora de los sacrificios, de pedir abnegación a su pueblo, de los entusiasmos bélicos; se equivocó. Era para él la hora de seguir desarrollando su inmenso poder económico. En cambio, los beneficios de la paz se deberán a un acierto de los aliados. Ellos comprendieron que producida la agresión, no era la hora del interés, que no era la hora de la transacción, que era la hora de ir a morir por el ideal, y esa resolución ha salvado a la Humanidad. (Aplausos).

Pudo, señores, vacilar Inglaterra, pero para Estados Unidos ya fué claro el camino del ideal. Yo pregunto, señores, después de que el ideal se ha cristalizado en las palabras admirables de Wilson; yo pregunto: ¿para los pueblos de Sud América, qué hora ha sonado? ¿Ha sonado, por ventura, la ho-

ra del interés menguado, o ha sonado la hora del ideal, la hora de los principios que sirven de base a la existencia de América, la hora de la democracia y de la justicia? (Estruendosos aplausos).

**LOS TRES METODOS POLITICOS: LA CONQUISTA,  
EL EQUILIBRIO, LA SOLIDARIDAD**

Hé aquí, pues, señores, cómo bajo el aspecto histórico y filosófico, están los pueblos de América obligados a alistarse en las banderas del ideal; pero señores, en este caso, el ideal se encuentra perfectamente confundido con el interés, y aquí, señores, entra mi estudio en el aspecto político de la cuestión.

Señores: quien estudia la historia política de la Humanidad no tardará en convenirse de que los ideales en toda la Historia Universal, se han encarnado en tres grandes principios, en tres grandes métodos políticos, de los cuales el siguiente reemplaza al anterior.

¿Sabéis cuál es el método político de la antigüedad? Pues el gran principio creador de la conquista. El antropoide simiesco de las selvas, el fiero cazador de las cavernas, la tribu antropófaga, gracias a la conquista, se convierte en los grandes pueblos y en los grandes imperios. Suprimid la conquista del mundo antiguo, y en el acto habrá desaparecido la cultura teocrática de los Indios y de los Egipcios, la cultura militar de los

Asírios, la cultura democrática de los Griegos; habrá desaparecido, sobre todo, el Imperio Romano, que es el más grande exponente de la cultura antigua.

La paz romana, la paz de Octavio Augusto, es el fruto fecundo de la conquista.

Por eso para el hombre de Estado de la antigüedad, la única preocupación, la constante preocupación debía ser la conquista. El pueblo que no conquista será conquistado, y el pueblo que no invade será invadido. Hoy sabemos que el gran error en que incurrieron los estadistas romanos, fué un error estratégico; fijar muy cerca la frontera del norte en el Rhin y en el Danubio. Si la hubieran fijado más al septentrión, lo que era fácil, después de las victorias de César; si la hubieran fijado en el Don, en el Dniester, o en el Niemen, nunca habría caído el imperio romano y la humanidad se habría ahorrado esa triste noche que se llama la Edad Media (Muy bien).

El segundo principio político, señores, que ha creado la Europa moderna y que reemplaza a la conquista, es el principio del equilibrio. La conquista era un principio exclusivamente militar; el equilibrio es un principio a la vez militar y diplomático. ¿En qué consiste el equilibrio? El equilibrio consiste en que las potencias conserven un grado de eficiencia militar y una combinación de alianzas diplomáticas, que haga imposible toda conquista. Si el equilibrio falla, la conquista resurge. Por eso es que la gran

preocupación del hombre de Estado europeo debía ser velar día y noche por el equilibrio, defender aún con la guerra el equilibrio, porque si el equilibrio falla, repito, regresa la conquista asiática.

Para Bismarck, era una constante pesadilla el temor de una coalición europea que su genio logró evitar y que ha provocado la imprudencia e insensatez de sus sucesores. Napoleón III, mecido por la ilusión de las nacionalidades, descuidó el equilibrio. Un gran estadista francés dijo, después de la batalla de Sadowa: «la Francia ha sido derrotada sin haberse batido: muy pronto veréis las consecuencias.»

Señores: hay un tercer principio más grande que el equilibrio: el principio del porvenir, ese principio que se llama solidaridad internacional. La solidaridad internacional no es solamente un principio diplomático, como el equilibrio; es algo más, es un principio moral como la democracia. Con la democracia, por vez primera, se introduce la moralidad en la política interna, porque antes de la democracia no hay moralidad en la política interna,—y tampoco después en ciertos pueblos (risas y aplausos); pero, en fin, antes de la democracia no hay moralidad, ni en la apariencia, porque sólo predomina la razón de Estado. Así, también señores, con la solidaridad penetra la moralidad en las relaciones internacionales.

¿En qué consiste la solidaridad? Consiste en una agrupación de Estados sin alianza

entre ellos, sin miras de equilibrio con los demás, pero dispuestos a defender como propios todos los derechos soberanos de cada uno de ellos. En realidad, señores, ese principio todavía no está establecido en el mundo. Es posible y hasta probable que se establezca después de la guerra, si los pueblos americanos saben comprender cuál es su deber. Ese principio se ha establecido, pero sólo parcialmente y limitadamente, en América. Digo parcialmente, porque la solidaridad internacional en América no ha logrado establecerse en las relaciones internacionales, en las relaciones entre pueblos americanos. La solidaridad sólo se ha establecido entre los pueblos de América, frente a Europa, Y digo también que limitadamente, porque esa solidaridad no ha sido hasta ahora sino protección por parte de Estados Unidos; todavía no ha sido cooperación por parte de los demás pueblos americanos. Si los pueblos americanos aprovechan esta ocasión para completar con su cooperación el principio solidario, se habrá—por lo menos en América—establecido como un principio político y definitivo la solidaridad. (Aplausos).

### LA SOLIDARIDAD Y AMERICA

¿Por qué nació en América este intento de solidaridad?—¿por qué? Porque sólo podía nacer en América; porque solamente la América contaba con una protección distin-

ta de la fuerza militar y de las alianzas diplomáticas. América contaba con la protección de la distancia, con la protección de los dos grandes océanos, que como las aguas del Mar Rojo, se abren para dejar paso libre a los productos de la industria y del pensamiento, pero que ahogarían en sus abismos a los Faraones de la conquista. (Muy bien). (Grandes aplausos).

La protección, señores, del Canal de la Mancha le permitió a Inglaterra ser el gran baluarte del equilibrio europeo; la protección más eficaz del Atlántico y del Pacífico le ha permitido a América iniciar el principio de solidaridad, que no lo dudéis, habrá de convertirse en la ley del mundo futuro. (Aplausos).

Pero, señores, ¿en qué se funda este principio de la solidaridad. ¿En qué se funda? Se funda en un ideal continental. ¿Qué cosa es el ideal continental? ¿Qué es, en realidad? Es una leyenda que tiene su raíz, como todas las leyendas, en la imaginación y en el sentimiento. Así como leyendas y fantasías crearon en otros tiempos el ideal religioso ó el ideal de la raza, leyendas y fantasías han creado el ideal del continente americano. ¡Ah! señores: la América para la fantasía y el sentimiento, no parece formada, como las obras de la naturaleza, por la lenta evolución de la materia, no: la América resulta como las obras del arte, creada por la intuición del genio de un hombre y por la fe de una mujer. Por eso la historia y la política americana tienden a la unidad que le imprime



men sus descubridores y sus conquistadores, sus libertadores y sus estadistas. Y permítidme un ligero inventario. Hipótesis de sabio, supersticiones de monje o erudición de dilettante, tejen la leyenda de su pasado como la síntesis de todas las civilizaciones; cultura asiria de los aimaraes o cultura egipcia de los mayas; imperio militar de los aztecas o imperio teocrático de los incas, se funden en la poderosa unidad del genio americano.

Dorado fantástico lleno de infieles para los cruzados españoles; tierra de la libertad para los navegantes de la Flor de Mayo, la América aparece delineada por la fantasía del aventurero o del perseguido europeo, como una gran esperanza que ofrecía su tesoro material y moral para curar las duras realidades sociales y los crueles despotismos del viejo mundo. (Grandes aplausos).

Viajes legendarios por el Istmo o por el Amazonas; odiseas maravillosas por el Estrecho austral, que revelan la redondez del planeta, escriben con signos de heroísmo la unidad geográfica del continente. La tragedia de la conquista, que cubre al norte y al sur con la púrpura de la misma sangre, y la epopeya de la independencia que los reúne bajo la corona de la misma gloria, gravan en el granito indeleble de la historia la inquebrantable unidad del espíritu americano. (Estrepitosos aplausos).

## LA DOCTRINA DE MONROE—SU IDEALISMO

Pero, señores, ese gran ideal continental, fruto de las leyendas, de la imaginación y del sentimiento, se encarna en una gran realidad política; se encarna, ¿sabéis en qué? Se encarna en la doctrina de Monroe. ¿Qué cosa es, señores, la doctrina de Monroe, juzgada en su primera y en su segunda declaración, juzgada por el mensaje del año 23 y por las instrucciones de Clay o de Adams; qué cosa es la doctrina de Monroe? Es un principio de solidaridad constitucional y de solidaridad internacional. Los Estados Unidos defenderán la independencia de las naciones del continente. En aquellas colonias que aun no han conseguido su independencia, como Cuba, no permitirían que se agrave su situación y que se altere lo que los diplomáticos llaman el *statu quo*. Harán algo más, señores: defenderán a los gobiernos populares, frente a los intereses dinásticos de Europa. Harán algo más todavía: no permitirán que el derecho de primer ocupante pueda servir para colonizar la América. Yo pregunto: ¿qué hay de nuevo en esa doctrina?

Siempre hubo en todos los tiempos, naciones que protegieron la independencia de otros pueblos, por interés propio o por interés dinástico; pero nunca hubo una doctrina que se fundase en la razón conti-

mental de llamarse toda esa porción del planeta «América». ¿Qué privilegio tenía la tierra americana? Yo pregunto y propongo a la meditación de los señores que me escuchan: ¿si la América hubiese sido conocida siempre, como el Asia o el Africa, pensáis que a alguien se le podía haber ocurrido implantar una doctrina política fundada en el ideal continental? ¿Qué le importó nunca a la China lo que pasaba en Persia? ¿Qué le importó a Dinamarca lo que pasaba en Portugal? Y, sin embargo, entre Portugal y Dinamarca hay una distancia infinitamente menor de la que separa el Plata del Canadá, por ejemplo. ¿Era cuestión de raza? No, señores; no lo podía ser, desde que eran razas diversas y hasta antagónicas. ¿Era entonces cuestión de idiomas, o de religión? Tampoco lo era. No era asimismo cuestión de comercio: no existían relaciones de ninguna especie en el siglo antepasado, entre la América del Norte y la América del Sur.

Ved, pues, señores, cómo un ideal está engendrando una gran realidad política.

No era ni siquiera una razón geográfica. Hoy la ciencia nos ha revelado que no existe tal unidad geográfica entre la América del Norte y la América del Sur; la del Norte está vinculada al Asia, como la del Sur al Africa. Era, pues, un concepto ideal el que creaba una gran realidad política.

Y esa gran realidad política, señores, se hace efectiva por el idealismo de otro gran hombre, de un gran ministro inglés.

Es muy fácil creer que los Estados Unidos de 1823 eran iguales a los Estados Unidos de hoy. Hoy los Estados Unidos son una gran potencia de cien millones de habitantes, inmensamente rica, con una formidable marina y con elementos técnicos y demóticos para poder crear inmediatamente un gran ejército. Hoy día, puede permitirse todos los idealismos. Pero pregunto: ¿es que eso eran los Estados Unidos del año 1823? En esa época, los Estados Unidos eran un pequeño pueblo de doce a catorce millones de habitantes, repartidos en un territorio ocho veces más grande que el Perú, sin medios de comunicación, sin ejército, sin escuadra y sin riqueza; eran un pueblo pobre, un pueblo que acababa de ser vencido por una simple guarnición del Canadá, que de triunfo en triunfo, después de un paseo militar, llegó hasta Washington. Y ese pueblo pequeño se lanzó resueltamente a defender un ideal, desafiando a la Europa entera. ¿Y qué era entonces Europa? Europa estaba representada, como saben los señores senadores, por la Santa Alianza, que después de las conferencias de Aix La Chapelle, de Laybach y de Verona, se había convertido en una alianza agresiva para conquistar el Nuevo Mundo. Y sin embargo, señores, tal es la fuerza creadora del ideal; tal la vitalidad de los principios sobre el concierto efímero de los intereses; tal la superioridad de las ideas sobre el laberinto de los sucesos, que esa política, que podía

parecer locura, tuvo éxito. ¿Y por qué tuvo éxito?

Tuvo éxito, como decía antes, porque otro idealista, el Ministro inglés Canning, en un momento de visión genial, declaró en la histórica conferencia con el Príncipe de Polignac que Inglaterra ponía su veto inquebratable a la Santa Alianza para intervenir en América. ¡Ah!, señores: hoy cualquiera de nosotros, el más humilde amanuense del Ministerio de Relaciones Exteriores, piensa que habría hecho exactamente lo mismo que hizo Canning. Hoy todo el mundo dice: ¡qué cosa más natural! A Inglaterra le convenía impedir que la Santa Alianza colonizara América. Esa no era la creencia entonces. Para que Canning hubiera podido hacer lo que hizo, era necesario que tuviera un profundo amor a la libertad; era necesario que tuviera un inmenso valor moral para poderse oponer a lo que en esa época parecía natural y necesario. Hoy todos son demócratas; todos aman, aún cuando sea de palabra, la democracia (risas); pero eso no sucedía a principios del siglo XIX. Los horrores de la Revolución Francesa habían enterrado por cincuenta años las ideas democráticas en la conciencia humana. Todavía más tarde, un pensador liberal como Macaulay creía que las repúblicas americanas acabarían por ser monarquías. En esa época se pensaba que la única manera para una nación de enriquecerse y de ejercer influencia, era tener co-

lonias. Y lo más decisivo. En Inglaterra todo el mundo creía lo que hoy nadie cree, por supuesto después de haber visto que el Canadá ha subsistido tranquilamente al lado de los Estados Unidos, y cuando en un discurso dice Carnegie: «será más fácil que el Canadá conquiste a Estados Unidos, que Estados Unidos conquisten al Canadá;» pero entonces se creía que si continuaba la independencia en América, al fin y al cabo el Canadá seguiría el mismo camino o se anexaría a Estados Unidos. Era, pues, necesaria esa fidelidad que tienen los partidos ingleses por sus programas políticos, para que Canning pudiera convencer con simples frases a los Comunes, de que era conveniente y honroso salvar a la América.

¡Ah! señores: La libre Inglaterra, habiendo contenido la ambición de Napoleón y habiendo contenido los planes liberticidas de la Santa Alianza, tiene tanta parte como los próceres de la Independencia de América. ¡Oh grande y maravillosa Inglaterra! ¡oh país de bravos marciales, que no tienen temor ni a las ondas embravecidas del Océano, ni a las ideas nuevas! la América te tiene una deuda de eterna gratitud. (Vivos aplausos).

Señores: ¿Esto qué demuestra? Esto demuestra que la independencia de las naciones americanas, desde su origen, está vinculada estrechamente al equilibrio europeo. Sin el equilibrio europeo no es posible la independencia de las repúblicas sudameri-

canas. La doctrina de Monroe ha sido una realidad solamente, gracias al equilibrio europeo. ¿No es verdad, señores, que si los Estados Unidos lograron imponer a Napoleón III que retirase de México el fuerte ejército de ocupación, se debió únicamente a las condiciones en que se hallaba Europa; se debió únicamente a que en Inglaterra encontraban una gran desaprobación las aventuras del Imperio; desaprobación que después se tradujo, por desgracia para Francia, en las frases vehementes de Carlyle, durante la guerra del 70? ¿No es verdad que si los Estados Unidos lograron imponer a las potencias europeas el arbitraje en la cuestión Venezuela, se debió únicamente a las condiciones políticas de Europa? ¿No es verdad que si los Estados Unidos lograron realizar la intervención en Cuba, si pudieron batirse con España aislada, se debió única y exclusivamente a la existencia del equilibrio europeo? Hoy todos saben que la escuadra germánica tuvo el intento de atacar a los buques americanos en Filipinas, y sino lo hizo fue porque su diplomacia le informó que inmediatamente se pondrían al lado de la América, Francia e Inglaterra con todo su poder. Esto, pues, señores, quiere decir esta profunda verdad: que el equilibrio europeo es una base necesaria de la independencia y de la soberanía de las débiles naciones americanas. (Aplausos.).

## LA GUERRA Y EL EQUILIBRIO

Ahora, señores, digamos qué cosa es la guerra europea. No voy a decir nada que pueda mortificar a los germanófilos. Voy a decir algo que dicen los mismos escritores alemanes, desde Harden hasta Scheidemann. La guerra europea es la conclusión de la crisis definitiva del equilibrio europeo. Todos sabemos, señores, que después de la guerra del 70 se habían formado dos sistemas políticos en Europa: la unión de Alemania y de Austria, que realizó el genio de Bismarck, la extendió a Italia, despertándole desconfianzas de Francia, por la cuestión de Trípoli. Al frente se había formado desde el año 89 la conocida alianza entre Francia y Rusia. Esa forma de equilibrio duró poco tiempo. Yo he dicho que el equilibrio es un principio militar y es también un principio diplomático. Pues falló en esta vez el equilibrio militar y falló el equilibrio diplomático. Alemania, regida por un hombre de indudable previsión y energía, como el emperador, organizó admirablemente su ejército; aprovechó de todos los progresos incomparables de la técnica; artillería de grueso calibre, dirigibles, submarinos, una flota modernísima, creada en quince años, y sobre todo, la ventaja inmensa de dos Estados como Alemania y



Austria, unidos por una magnífica red ferroviaria, que permite llevar un ejército de un frente a otro, con una celeridad extraordinaria, que multiplica los efectivos.

Se había roto, pues, señores, el equilibrio militar en favor de Alemania y Austria. También se rompió, pero en sentido inverso, el equilibrio diplomático. Concluida su alianza con Rusia, Francia, comenzó a buscar una inteligencia con Italia. Todos recuerdan aquella frase humorística del canciller Bülow, que decía en el Reichstag: “el marido más celoso no tiene por qué alarmarse de que su bella consorte—se refería a Italia—haga un tour de vals con un simpático galán” (risas).

Después de la guerra entre Italia y Turquía, en que se vieron las vinculaciones del imperio otomano con Alemania; después de la guerra balcánica, en la que se vió el antagonismo profundo de los intereses de Austria con los intereses italianos en el Adriático, el tour de vals con Francia se convirtió en un compromiso efectivo preliminar de un futuro divorcio con los imperios centrales.

Inglaterra, que había hecho su alianza con el Japón para defender sus intereses en el Asia y que logró arreglar sus pequeñas diferencias con Francia sobre el Egipto y sus grandes diferencias con Rusia sobre Persia, entró a formar parte de esa Entente. Estaba, pues, constituido el bloque diplomático contra los Imperios Centrales; es-

taba roto el equilibrio diplomático en favor de Francia y Rusia.

Se comprende muy bien lo instable de semejante situación. Roto el equilibrio militar a favor de un lado, y roto el equilibrio diplomático a favor del otro. Desde 1911, la guerra europea estaba en la atmósfera. La guerra no se produjo antes, solamente por el pacifismo resuelto e inquebrantable de Inglaterra, de Francia y de Rusia. El partido liberal inglés era tenazmente opuesto a la guerra; en Rusia, la burocracia germánica, que temía la revolución interna, era también opuesta a la guerra; y asimismo en Francia, el socialismo era radicalmente contrario a la guerra. Si alguien puede dudar del pacifismo de Francia, basta recordar las frases de Jaurés en su discurso de Lyon. Todos saben que Jaurés tenía una influencia decisiva en la política francesa. Pues, señores, Jaurés decía en Lyon: si Rusia no acepta el arbitraje, respecto del conflicto entre Serbia y Austria, Francia se olvidará de su alianza con Rusia, para acordarse únicamente de su contrato con la humanidad.

Señores: para Alemania era una tentación muy fuerte aprovechar de su inmensa superioridad militar para romper la desigualdad diplomática que se había pronunciado en su contra. Alemania tenía solamente dos caminos: o bien aceptar la limitación de los armamentos a que la convidaba Inglaterra y aceptar el arbitraje obligatorio a que la convidaba Estados Unidos en la Ha-

ya, o bien romper el bloque diplomático por un rápido triunfo militar.

Señores: los gobiernos personales tienen el gravísimo inconveniente de que siempre se resisten a cambiar de política, por más claras que sean las conveniencias nacionales (aplausos); y se resistió el kaiser, y siguió la inspiración del estado mayor y vino la agresión a Francia. Un error estratégico y el heroísmo francés pararon el primer golpe en las orillas legendarias del Marne.

Pero al fin y al cabo se habría impuesto la inmensa superioridad de Alemania, sin Inglaterra.

Inglaterra no sólo fué el auxilio extraordinario, por los soldados enviados a Francia, sino porque con su inmenso poder naval obligó a Alemania a convertir la guerra europea en guerra mundial, y creó las complicaciones que han traído por consecuencia la intervención de los Estados Unidos de América. Inglaterra, señores, volvía a salvar por tercera vez el equilibrio europeo y a salvar la independencia de los pueblos de América. (Aplausos).

#### **LO QUE HABRIA SIDO EL TRIUNFO ALEMAN EN AMERICA**

Figuráos, señores; figuráos lo que habría sido un triunfo austro-alemán sobre Francia y Rusia; figuráos a Inglaterra y Estados Unidos recludos en un irremediable aisla-

miento. Ya Inglaterra no habría podido ser el baluarte del equilibrio europeo; ya Estados Unidos no habría podido ser el defensor de las naciones americanas; figuráos un inmenso imperio, extendiéndose desde el Báltico hasta Bagdad. Habría concluído la autonomía de los pueblos americanos. (Aplausos).

Yo sé perfectamente, señores, que hoy una nación vencedora no enviaría príncipes de su dinastía a gobernar las repúblicas americanas; eso ya no se hace. Tampoco creo que intentaría una colonización de los pueblos; pero, señores, pasaría lo que pasa en la China: que todos los problemas económicos y todos los problemas políticos se convierten en problemas diplomáticos. Un inmenso poder industrial, con la necesidad de buscar consumos para su gran producción, ¿creéis, señores, que todos los problemas económicos, desde la extracción del carbón hasta la del petróleo, que todos los problemas de concesiones ferroviarias y de tierras, creéis que las grandes cuestiones de inmigración de razas diversas, que las grandes cuestiones tributarias, no exigiría que fuesen resueltas en armonía con sus intereses? Hoy ¿sabéis cuál es la forma más fácil de imponer la voluntad? Un ministro residente, y a veces un simple agente confidencial, como el que tenía Inglaterra en Egipto, dan siempre consejos muy oportunos y haciendo entender en frases muy corteses, que es irremediable seguirlos.

Yo, pues, señores, entonces no exagero nada cuando digo que la suerte de la América del Sur y del Centro se juega en la guerra europea; cuando digo que la soberanía de estos pueblos tiene un adversario, y es el Imperio Germánico, y tiene un defensor, y son los aliados y Estados Unidos; cuando digo, señores, que para América, para los débiles pueblos de América, la causa de los aliados representa exactamente lo que fué la causa de Moctezuma y Atahualpa frente a la conquista europea; y en cuanto a lo que se refiere al ideal americano, representa exactamente lo que fué la causa de San Martín y de Bolívar frente a España; con esta diferencia, señores: que frente a la conquista en el siglo XVI pudieron alegarse los derechos de una religión y de una cultura superior; que frente a la revolución de la independencia pudo alegarse el interés de la Humanidad, a quien quizá le convenía no precipitar una evolución no suficientemente preparada; pero frente a la absorción germánica, está no solamente el interés de la soberanía nacional, está no solamente el ideal americano, sino que frente a un concepto de conquista y frente a un concepto bíblico de razas superiores y razas inferiores, está también el interés de la Humanidad, de la Democracia y de la Justicia. (Grandes aplausos).

Yo por eso, señores, tengo plena razón para decir que la neutralidad de los pueblos débiles de América en esta guerra, representa una deserción a la doctrina que ha conser-

vado y hecho prosperar a la América; representa una traición al ideal del Continente; representa la misma traición que habría cometido un pueblo griego, siendo neutral en la lucha entre Atenas y Jerjes; la misma traición que habría cometido un reino español, siendo neutral en la lucha legendaria entre Castilla y los moros; la misma traición que cometen los que abandonan el ideal y que esa Némesis de la lógica de los hechos castiga, tarde o temprano, con consecuencias oprobiosas y funestas. (Aplausos).

#### LA NEUTRALIDAD, SUICIDIO PARA EL PERU

Pero, señores, y esto yo lo entrego a la meditación de los señores Representantes, que me comprenderán con las pocas palabras que yo diga. Si todos los pueblos americanos tienen un vital interés, un inmenso interés en esta guerra europea, yo creo que nadie lo tiene tan grande como el Perú, quizás solamente Bolivia. Señores: los imperios más grandes, para ejercer su influencia en tierras lejanas, requieren puntos de apoyo. En un discurso admirable, pronunciado en sesión pública, decía Thiers, hablando de lo que sería más tarde Prusia, si llegaba a realizarse la unidad del Imperio Alemán: Ese imperio volverá a reproducir la dominación de Carlos V, pero en vez de apoyarse en España, se apoyará en Italia. Felizmente la intuición del pueblo italiano ha

evitado que se cumpla en esa parte la profecía.

Yo os digo, señores: ¿No pensáis que ese Imperio Germánico, para ejercer su influencia en la América del Sur, requiere un punto de apoyo, requiere un representante de su influencia, a quien prestarle todas sus fuerzas materiales y morales, para que a su vez le defienda y represente en sus intereses? Yo pregunto si ese pueblo elegido por Alemania será el Perú. Ya sabéis quién será probablemente ese pueblo. Será el pueblo que ha revelado iguales tendencias imperialistas en una época de su historia; será el Estado que ha tenido el triste honor de cambiar la confraternidad americana por la conquista; será el Estado que ha declarado mil veces que los pactos solemnes deben subordinarse a lo que él llama sus intereses, o las realidades, o los hechos; será el Estado que mantiene el cautiverio de dos provincias irredentas; será el Estado cuyos hombres públicos acaban de declarar, en una encuesta, que sus intereses no son compatibles con los ideales del Presidente americano, que ha proclamado que ningún pueblo puede ser forzado a vivir bajo una bandera que no sea la santa bandera de sus tradiciones y de sus glorias. (Grandes y prolongados vivas y aplausos al orador)

Señores: Yo de mí sé decir que si ante estos recuerdos no se agita toda la fibra del pueblo peruano, si no se agita toda su sangre, no diré ante la perspectiva, ante la po-

sibilidad siquiera de situación tan humillante, será porque este pueblo ha perdido ya, con el instinto de la conservación, la dignidad y el derecho de existencia. (Grandes aclamaciones al orador).

### LA NEUTRALIDAD DIPLOMATICA

Paso, señores, a ocuparme de otro punto de gran importancia; paso a considerar la cuestión bajo su aspecto diplomático.

Creo haber demostrado que, bajo el aspecto político, el interés general de los pueblos americanos es un interés esencial y particular para el Perú; y una cosa semejante sucede considerando la cuestión bajo su aspecto diplomático. Señores: yo os pregunto: ¿qué cosa es la neutralidad en el Derecho Diplomático? La neutralidad es un estado jurídico, y como todo estado jurídico—todo el mundo sabe eso,—supone una correlación de derechos y obligaciones. La neutralidad supone derechos en los neutrales y obligaciones en los beligerantes, y a su vez, también, derechos con los beligerantes y obligaciones con los neutrales. Un pueblo, al declararse neutral, se obliga a no intervenir en la guerra; pero a condición, a condición, de que el beligerante respete la integridad de sus derechos; a condición de que respete su territorio, de que respete sus ciudades, de que respete su propiedad, de que respete todos los derechos que están encar-



nados y simbolizados por la bandera nacional. Yo pregunto: ¿por ventura puede un beligerante atravesar el territorio neutral? Si un beligerante atraviesa el territorio neutral, ¿quién rompe la neutralidad? ¿La rompe el neutral, o la rompe el beligerante? Yo pregunto, señores: ¿puede, después de las estipulaciones concretas que todos conocen del derecho internacional, un beligerante poner veto al comercio de los pueblos neutrales? ¿No es un principio reconocido por el derecho internacional y ratificado en La Haya por el Imperio Germánico, que la bandera neutral cubre a la nave y cubre al cargamento, al mismo cargamento enemigo?

Y en esas condiciones, señores, yo pregunto: ¿qué es lo que significa la guerra submarina? Es la ruptura de la neutralidad; pero no por parte de los neutrales: es la ruptura de la neutralidad por parte del Imperio Germánico. Yo pregunto: ¿es que los Estados Unidos, es que todos los pueblos del continente, es que todo un hemisferio del planeta debía aceptar tranquilamente la ley que le imponía Alemania? Yo pregunto, señores: ¿si en una guerra entre la China y el Japón, se le hubiera ocurrido a la China declarar que los mares asiáticos eran zona prohibida, y que si por allí había algún buque alemán, lo echaría a pique con sus submarinos; yo pregunto: si en la guerra entre el Perú y Chile, se le hubiera ocurrido al Perú declarar que las costas del Pacífico eran zona prohibida y que sus submarinos

echarían a pique buques mercantes que surcásen estas costas, es que pensáis que Alemania iba a tolerar semejante decreto? ¿No pensáis y tenéis la evidencia de que Alemania habría impuesto la derogatoria en el plazo improrrogable de dos horas, como un atentado contra la humanidad? Me diréis: es claro que sí; pero Alemania tiene la fuerza. Pues, señores, en eso consiste la solidaridad: en evitar que los países poderosos abusen de los débiles, en evitar que los países poderosos se creen privilegios que no conceden a los débiles. Por eso es que la obligación de Estados Unidos era recoger el reto a la humanidad, y la obligación de la América entera era contestar al reto de Alemania, aceptándolo y poniéndose al lado de los Estados Unidos. (Vivos aplausos).

Yo digo, señores: el día en que se hundió un buque de cualquier nación americana, el día en que perdió la vida un americano, el día en que se hundió el cargamento de cualquier ciudadano del continente, ese día fue rota la neutralidad entre Alemania y la América, porque, señores, la América, obligada a elegir entre subordinarse a lo que llama Alemania sus necesidades, y su independencia, tenía que optar por su independencia; porque la América, entre aceptar que Alemania por sí misma modificase el derecho internacional preexistente, o defender las antiguas reglas, optaría por defender el derecho sancionado con su voto; es decir, optaría por su soberanía. (Aplausos).

Yo digo, señores, que la guerra submarina es la mano enguantada de hierro, de que habla el kaiser, puesta sobre la faz de la América libre. La China antigua pudo soportar el ultraje; la China moderna ha contestado con la guerra. Yo pregunto si la América, intangible, si la América de Washington, de Bolívar y de Monroe, debe ser menos que la China y debe tolerar la terrible injuria, el gesto brutal que rasga su soberanía. (Grandes aplausos).

#### **EL KAISERISMO Y EL DERECHO AMERICANO**

Señores: yo digo una verdad que nadie puede discutir, una verdad evidente cuando digo que existe un antagonismo irreductible entre el kaiserismo—no entre el pueblo alemán cuya ciencia y patriotismo admiro—sino entre el kaiserismo y el derecho americano. El kaiserismo es un principio de despotismo interior, y eso yo no lo digo; eso lo dice un tribuno alemán, Liebnecht, que decía en un discurso no hace mucho tiempo: «Los alemanes tenemos tres derechos que no tiene ningún ciudadano de la tierra: el derecho de pagar contribuciones hasta el 40 por ciento; el derecho de ser soldados toda la vida, y el derecho de callarnos la boca; tres derechos admirables». Y lo que es el kaiserismo, es un principio de hegemonía; así lo declara rotundamente la Liga Pan-germánica. El derecho americano es un principio de democracia interior y de solida-

ridad internacional; por consiguiente, defender el derecho americano es declararse antagónico de Alemania, y declararse neutral frente a Alemania, es condenar el derecho americano. (Grandes aplausos).

Pero también decía, señores, que así como en el orden político tiene una causa especial el Perú, también tiene una que todos conocemos en el orden diplomático. Todos sabemos que el Imperio Alemán ha hundido una barca peruana; sabemos todos que nuestra cancillería, cumpliendo su deber, ha pedido explicaciones; sabemos que tales explicaciones no han sido dadas; sabemos algo más: sabemos que si llegan a darse, apenas serán relativas al hecho, pero jamás relativas a la doctrina, que es lo que importa, porque las ofensas, señores, a la América no consisten en el hecho material de hundir un buque; consisten en declararse soberano para dictar leyes restringiendo el comercio neutral. De tal manera que cualquiera que sea la respuesta germánica, la cancillería no podrá sino seguir en su camino, como lo ha dicho, y orientarse a la única solución inevitable, que tiene que ser la ruptura de la neutralidad, porque señores, es imposible que haya un ministro peruano que permita que la bandera nacional sólo sirva para cubrir las jerarquías burocráticas y que esté destinada a arriarse cobardemente en la inmensidad del océano frente a las imposiciones de la piratería germánica. (Aplausos prolongados).

Es imposible que un ministro peruano quiera aceptar el desafuero y la degradación de la bandera nacional declarada incapaz de defender la vida y la propiedad de los peruanos. (Aplausos).

### LA SOLIDARIDAD Y LA NEUTRALIDAD

Pero, señores, aquí viene una cuestión diplomática, que yo considero trascendental. Todos, inclusive el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, a quien felicito por su actitud, parecen convenir en la solidaridad con los Estados Unidos; y yo pregunto: ¿es por ventura compatible la solidaridad con la neutralidad? ¿Se puede en el orden de las ideas, en el orden de los hechos y en el orden diplomático, unir esos dos términos: solidaridad con un beligerante y neutralidad con el otro? (Risas y aplausos). Yo sé bien, señores, que la diplomacia es muy elástica: alguien ha dicho que los diplomáticos tienen la conciencia de jebe (risas); pero a pesar de toda la elasticidad, resulta imposible, resulta absurdo unir dos términos radicalmente opuestos. Ser solidario con un beligerante es asumir sus derechos y sus obligaciones, su actitud, su responsabilidad. Ser neutral es, desde Vatel hasta Kluber, y no voy a citar a todos los autores, es ser poco más o menos imparcial con los dos. Luego, una línea de conducta que se solidariza con uno, no puede ser neutral con otro. La neutrali-

dad tiene que referirse a dos. Neutralidad con uno solo, es un concepto fuera de la realidad, fuera de la metafísica y fuera de la gramática. (Grandes aplausos.)

Pero aquí viene, señores, una cuestión que requiere ser meditada. ¿A qué puede obedecer aquello de hermanar la solidaridad con la neutralidad? ¿A qué obedece ese tan intenso cariño a la neutralidad? No puede obedecer a un egoísmo, porque egoístas no pueden ser los débiles. Yo creo que en esto hay un profundo error, y los hombres realistas, aquellos que ven la realidad, como Tayllerand, por ejemplo, dicen que un error es peor que un crimen. ¿Sabéis lo que hay, lo que no puede dejar de haber en esa adhesión a la neutralidad? Hay más o menos inconscientemente, una tendencia que a veces se ha abierto paso en la América del Sur; una tendencia a crear un equilibrio sudamericano frente a los Estados Unidos.

No hay, señores, error más grande en la política americana que esa tendencia al equilibrio sudamericano. Eso que llaman los diplomáticos un particularismo sudamericano, es la destrucción del principio de solidaridad. Un equilibrio sudamericano es la paz armada y la guerra. Suprimid la solidaridad e inclináos al equilibrio, y veréis surgir apetitos, recelos, desconfianzas, que ya una vez nos condujeron a la guerra y que todavía envenenan la política sudamericana. (Aplausos).

## EL PERU Y EL EQUILIBRIO SUDAMERICANO

Hubo, señores, un tiempo en que el Perú intentó defender sus riquezas, apelando al equilibrio sudamericano, y ese intento falló tristemente, como que no podía dejar de fallar; falló por un lado en la negociación diplomática fracasada, y falló por otro lado, en el mismo concurso militar que faltó al fin de la lucha. (Aplausos).

Cuando yo, señores, veo que diplomáticos intrigantes hablan de alianzas, bien calificadas por su puerilidad con el nombre de A, B, C, y a las cuales ha puesto un término el buen sentido de los diplomáticos argentinos y brasileños; cuando veo chauvinismos inexplicables por el norte y desplantes imperialistas, ridículos, por el sur, yo me digo: esos profundos errores no obedecen sino a la política nefasta de un absurdo, de un maldecido equilibrio sudamericano. [Aplausos].

Señores: un equilibrio sudamericano es una política de grandes peligros y de amargas decepciones.

Después de todo, existe una lógica invencible en las ideas; existe una lógica invencible en la diplomacia. La solidaridad tiene un método político, que se llama el arbitraje obligatorio. El equilibrio tiene una consecuencia, la paz armada y las alianzas.

Si defendéis el arbitraje obligatorio, tenéis por fuerza que defender la solidaridad opuesta a la neutralidad. Señores: querer el arbitraje y adoptar una política de equilibrio es tan absurdo, como quien predica la caridad y alienta el egoísmo. (Aplausos.)

Quiere decir, pues, señores, que en el triple aspecto que yo he examinado esta cuestión, abusando de la benevolencia del Senado; que en el triple aspecto del ideal y de la historia, en el aspecto político y en el aspecto diplomático, la neutralidad es una deserción, una contradicción y un absurdo: es la negación del ideal americano; es la negación de los más vitales intereses del Perú, y es la más grotesca contradicción en el orden diplomático. (Aplausos).

#### REFUTACION DE ARGUMENTOS CONTRA LA RUPTURA DE LA NEUTRALIDAD

Yo no puedo concluir mi discurso, sin contestar, aunque sea brevemente, algunos argumentos que se hacen a la ruptura de la neutralidad. Hay, señores, gentes que parecen muy sensatas y que dicen, sin embargo: ¿por qué el Perú ha de seguir la actitud de Cuba y de Panamá, pueblos que, según ellos, no gozan de una completa independencia? Aún aceptando en hipótesis ese supuesto, señores, yo digo que ese es un concepto de la independencia totalmente original. La independencia y la soberanía representan para



los pueblos, lo que representa la libertad para los individuos, y la libertad sólo existe cuando se elevan los motivos o los móviles de la acción. El animal no es libre, porque su instinto obedece a motivos inferiores. El hombre que realiza un contrato, si cumple el contrato, yo pregunto: ¿es libre? Es esencialmente libre, porque se somete a una obligación que no es fatal como el instinto. Si la obligación no es forzosa, si es una simple obligación moral, el hombre que la cumple, pudiendo no cumplirla, revela un grado supremo de libertad; quiere, pues, decir que la libertad está en razón inversa de la obligación. Y eso, que es cierto en los individuos, es cierto también en los pueblos. El pueblo que sin estar obligado por un tratado, ni por ningún interés; el pueblo que sólo obedeciendo a una obligación moral, a un ideal, realiza un acto político y diplomático, ese pueblo comprueba que es realmente libre y realmente independiente, como lo han comprobado Bolivia y el Brasil, con su noble actitud. (Aplausos).

Señores: hay otros que no pudiendo alegar ninguna razón en defensa de esta neutralidad absurda, quieren aplazarla y dicen: esperemos que se produzca una causa propia para romper la neutralidad. Yo digo: es algo inadmisibile pretender entrar a defender una causa por la ventana estrecha del interés, pudiendo entrar por la puerta y por los amplios arcos del ideal. La dignidad de la conducta está en armonía con la

nobleza de los móviles. Yo pregunto: ¿quién es más digno? ¿El que obedece a un interés, o el que obedece a un ideal? También la dignidad está en armonía con la lógica de la conducta: procediendo en la misma forma, cualquiera que sea el peligro. Señores: hoy pedimos una satisfacción a Alemania, por el hundimiento de la «Lorton». Yo pregunto: ¿si Alemania estuviera libre, si no estuviera envuelta en una guerra, la pediríamos en iguales términos? Yo creo que sí, porque no dudo que mi patria tiene una gran dignidad para defender su derecho hasta el sacrificio; pero hay que convenir conmigo que el 25 por ciento en el extranjero dudará que sería la misma nuestra actitud. En cambio, señores, que el Perú se ponga al lado de Estados Unidos para defender los principios solidarios, es una actitud que tomaría el Perú en todo momento. Es la actitud digna por excelencia que corresponde a un pueblo débil, sin duda, pero que alienta en su alma las grandes aspiraciones del porvenir. (Aplausos).

Hay, señores, por fin, el último argumento. Se dice, hay un contraste mortificante entre la pequeñez del Perú, su debilidad y la grandeza del conflicto. Ese es el argumento que a mí me ha hecho a veces alguna fuerza; pero ese es un gran error, señores: un gran error ante el análisis. Las actitudes que requieren fuerza son aquellas que defienden su interés, esas sí requieren fuerza. La necesidad de la fuerza está en propor-

ción directa con la inferioridad del móvil.

Yo no digo que disculpa, yo no digo que excusa; pero sí digo que se explica que revele un apetito quien puede satisfacerlo, que amenace con el abuso quien puede consumarlo. Quien revela apetitos y amenaza con abusos que no puede satisfacer ni consumir, es un ser ridículo, a quien no se toma en cuenta. El único privilegio que tiene el bien y la justicia; el único privilegio que tiene el ideal, es que puede presentarse, aunque sea sin el apoyo de la fuerza, y que es más grande a medida que tiene menos fuerza, porque entonces se cubre con la aureola de la abnegación y del sacrificio. (Grandes aplausos). ¿Es que pensáis que Bélgica y Serbia tendrían un lugar tan prominente en la conciencia humana, si no hubiera una inmensa desproporción entre la grandeza del derecho de esos pueblos y la pequeñez sublime de las fuerzas materiales con que lo han defendido? (Aplausos y bravos).

Pero, señores, el argumento no es cierto. Por lo que acabo de decir, aunque el Perú corriera todos los peligros por defender el ideal americano, aún el de perder su existencia, debería afrontarlos. Pero no corre ningún peligro, porque a los pueblos de América se les pide únicamente el concurso moral. Alguien dice: ¡qué vale el concurso moral! Yo contesto: si el concurso moral no vale nada para los Estados Unidos, tampoco vale nada la neutralidad para Alemania.

**EL EXITO DE LAS GUERRAS.—LA DIPLOMACIA  
ALEMANA Y EL PERU**

Señores, sobre este punto hay algo que decir. Realistas profundos como Bismarck dicen que los imponderables, los ideales, son un gran factor en todas partes, y sobre todo, en las batallas. Pero yo quiero aceptar de plano que el concurso moral no tenga influencia de ninguna clase en las batallas que van a librarse en los amplios frentes de la lucha; y eso qué importa, si tiene influencia, e influencia quizás decisiva, en lo único importante: en el éxito de la guerra. Las guerras no se ganan, o mejor dicho, el éxito de las guerras no se mide por las batallas ganadas o perdidas, como se miden los matchs de billar por el número de mesas favorables. El éxito de las guerras se mide únicamente por las condiciones de los tratados de paz. Y hay una verdad que conocen muy bien todos los diplomáticos y hombres de Estado que me escuchan en estos momentos: hay guerras que han ganado los generales y que han perdido los diplomáticos; por ejemplo, la guerra entre el Japón y Rusia. ¿Es que pensáis que el tratado entre el Japón y Rusia, el tratado de Portsmouth, corresponde a las espléndidas victorias ganadas por el Japón en los campos de batalla? También hay otras guerras,

en que la derrota militar se agrava inmensamente, monstruosamente, con el desastre diplomático; ejemplo de eso lo tenemos en la guerra del Perú con Chile. En esa guerra la derrota militar fue como uno y el desastre diplomático como diez. Y hoy mismo, hoy, señores senadores, hemos llegado a saber—yo lo sabía antes—hemos llegado a saber todos, que en ese desastre diplomático tuvo una parte esencial y principal la bendita diplomacia germánica. (Aplausos).

Hoy hemos sabido, señores, que si esa guerra concluyó por la conquista enorme, se debió al concurso de la diplomacia germánica; hoy hemos sabido que Tarapacá no se perdió tanto en San Francisco, ni en Miraflores, como en las intrigas de diplomáticos alemanes, que aseguraron el aislamiento diplomático del Perú en el momento de la paz. Hoy señores, hemos sabido que por lo menos a esa acción diplomática se debió esta solución original, que el vencedor tuviese libre la presa, y se quedase el vencido, a pesar de los intereses británicos y franceses, se quedase el vencido con la inmensidad de la deuda. Por eso, señores, yo me siento asombrado cuando veo susceptibilidades tan grandes, respecto a la neutralidad, y veo que el Perú ha tenido inocencias e ingenuidades de niño para no percibir los hilos diplomáticos que unen a los imperialismos de Europa con los imperialismos de América. (Grandes aplausos, que se prolongan minutos).

## DIFICULTADES DE LA GUERRA Y DE LA PAZ

Sin duda, señores, yo convengo en que la posición estratégica de los ejércitos en lucha, en el momento del armisticio que precede a la paz, es un factor muy importante; pero también convendrán cuantos conocen la historia diplomática que por lo menos un factor igualmente importante son las condiciones políticas y económicas, las condiciones sociales y morales dentro las cuales se celebra el tratado de paz.

Saben muy bien los hombres de Estado que me escuchan, que en esta guerra, con ser muy difícil y arduo el problema militar, es todavía más difícil y más arduo el problema diplomático de la paz. Dado ya el desequilibrio evidente de los adversarios, la guerra y su éxito para los aliados no es sino una cuestión de tenacidad, de paciencia y de tiempo. Por doloroso que sea el que las huestes germánicas avancen en Rusia, esto no puede sino provocar una gran reacción nacionalista, que convertiría a Rusia para el kaiser, en lo que fué España para Napoleón. Esa paciencia y esa tenacidad y ese tiempo no pueden faltar allí donde está la noción del deber que tiene Inglaterra, el entusiasmo generoso de Francia, el patriotismo ardiente de Italia, el alma mística de Rusia, la caballeresca lealtad del Japón, el

ideal luminoso de los Estados Unidos. (Grandes aplausos).

Pero, señores, más difícil y más arduo es el problema diplomático.

Yo no creo que puede producirse un antagonismo, no lo creo; pero puede producirse una desviación, una divergencia entre el interés inmediato de los vencedores y el interés permanente de la humanidad; entre pasiones muy explicables en los beligerantes y el amplio concepto de la justicia; entre necesidades inevitables del momento y el permanente ideal del porvenir. ¿Y sabéis, señores, a quién le toca representar esos intereses de la humanidad, ese amplio concepto de la justicia, ese permanente ideal del porvenir? Le toca representarlos al continente americano. Sin duda, los Estados Unidos no han necesitado de los demás pueblos americanos para intervenir en la guerra; pero los necesitan para que el triunfo militar de los aliados se complete con un triunfo diplomático de la humanidad.

Yo digo, señores, que a pesar de su ideal, los Estados Unidos no pueden dejar de tener los intereses y las necesidades que crea la beligerancia. En cambio, los Estados Unidos, rodeados de los pueblos del Continente, representan un sistema político que tiene forzosamente, por su naturaleza propia, una orientación al porvenir. Yo pongo un ejemplo mecánico, que nadie puede objetar: ¿es que pensáis, señores que si el Sol estuviera solo, llevaría la misma dirección que ahora

le impone el equilibrio mecánico de sus planetas y de sus cometas? Pues la desproporción entre el Sol y sus planetas es inmensamente mayor que la que existe entre Estados Unidos y los pequeños pueblos de América. He aquí, señores, por qué la cooperación de los pueblos americanos es una obra de sabiduría diplomática; una obra que puede orientar la paz hacia un porvenir salvador para la Humanidad. Pero los pueblos que son neutrales de antemano, anulan su voz y su voto, porque su intervención revelará un interés; y para eso, para defender un interés, les falta fuerza. Sólo pueden intervenir poniéndose al lado de la justicia, en favor del ideal desde ahora. (Aplausos).

Yo he dicho, señores, y ya concluyo, yo he dicho que la solidaridad es un principio por un lado de protección y por otro de cooperación. Hasta ahora sólo ha sido protección de Estados Unidos; depende de los pueblos americanos que sea de cooperación.

Sólo completándose esa política solidaria en América; sólo realizándose lo que podríamos llamar solidaridad integral, puede haber la esperanza de imponerla al mundo. Si esa política falla en el mismo continente, ¿cómo querer que pueda extenderse é imponerse en Europa? De modo, pues, señores, que mientras las razones en favor de una solidaridad real son incontestables, son evidentes, las objeciones son ligeras y absurdas. (Aplausos).

Yo pregunto, señores: ¿por qué oponerse a que este pueblo, por segunda vez en su histo-



ría adopte una actitud idealista y generosa? ¿Qué vale, señores, la vida humana individual, que el dolor consume y que mancha el mal; qué vale, si le quitáis esa aspiración al ideal? Y si eso podemos decir de los individuos, ¿qué decir de las nacionalidades, que son solamente un concepto ideal? ¿Por qué privarlas de la gloria suprema de defender la justicia, que tiene raíces tan hondas en el corazón de los hombres, que han ideado una vida más allá de la tumba para que puedan realizarse sus consecuencias? (Grandes aplausos).

### LOS PUEBLOS NECESITAN GLORIA

Balfour, en el Congreso americano, pronunciaba estas palabras: «Todos tenemos la conciencia de que la humanidad atraviesa los momentos más grandes que ha tenido en su historia». Pues bien: esa conciencia, señores, crea graves responsabilidades, y yo quiero citar aquí una frase de Bismarck, que me pareció primero muy pueril y que después me ha parecido muy profunda. Bismarck, explicando por qué motivo no accedió a la petición de Thiers para que el ejército alemán no infligiese a Francia la humillación de entrar a los suburbios de París, decía: «Yo no accedí, porque no quise que algún día un ciudadano alemán me dijera: por este hombre, mi patria perdió la gloria de entrar en París». A mí me pareció esta frase superficial.

¿Cómo un realista como Bismarck hacía cuestión de una vanidad, como era el hecho material de entrar en París? Pero después mis meditaciones me han hecho comprender el pensamiento de Bismarck. Es que la patria es un concepto ideal; y en esa condición, para la patria la gloria es tan necesaria como el amor propio para los individuos, porque el amor propio y el amor a la gloria es lo único que defiende a los hombres y a los pueblos en las grandes crisis materiales y morales de su vida. (Aplausos). Yo, pues, os digo, señores senadores: privando al Perú de que tome parte en esa gran empresa moral, le robáis el derecho que tiene a una gloria legítima, y para eso no estáis facultados. (Aplausos).

No permitáis, señores senadores, que mañana las generaciones futuras os apostrofen con estas palabras: «Por esos hombres del Senado de 1917, nuestra patria desertó del ideal; nuestra patria perdió la gloria que pudo tener.» Es decir, señores, que pudisteis darle un ideal al pueblo peruano, pudisteis darle un alma a la patria, pudisteis constituir una verdadera nacionalidad con sus esperanzas y sus utopías, si queréis, y perdisteis la ocasión. Esa será una gran responsabilidad que caerá sobre vosotros. (Grandes aplausos).

La patria, señores senadores, os pide que cambiéis el crespón de sus infortunios por la aureola que ha de coronar a la América cuando, por esas compensaciones de la

historia, reemplazando la fuerza por la justicia, responda a la conquista material que realizó la Europa de la América en el siglo XVI, con la conquista moral que ha de realizar la América de Europa en el siglo XX. (Ovación. Grandes aplausos en la barra y en los bancos de los senadores.)

Nadie tiene derecho a esa gloria, como este pueblo peruano, que ya una vez luchó por el ideal de América. Permitidme, señores senadores, un recuerdo que sin duda llegará a las fibras de vuestros pechos, agitados por un indudable patriotismo.

Hubo un presidente del Senado, el más ilustre de todos los presidentes que ha tenido y que tendrá un Congreso peruano, y ese presidente que no entendía de disimulos diplomáticos, ni de sesiones secretas; ese presidente, no en sesión pública, sino en sesión solemne, frente a frente del Jefe del Estado, refiriéndose a negociaciones y a transacciones, muy útiles para el Perú, porque defendían su interés, sin correr ningún peligro; ese presidente las calificó con una frase histórica y dijo: "Criminales connivencias". Señores: ¿por qué? Porque en su alma de soldado y en el heroísmo de su sangre, encontraba que los intereses no valían nada frente al honor del continente, y esas palabras sublimes electrizaron a todo el Perú, y ese entusiasmo frenético se tradujo en esa estupenda revolución del 65, que junto con la independencia, es la más gloriosa y la más grande que registran los fastos de la

América, porque un pueblo débil sostenía en sus manos heroicas la bandera de todo el continente Americano. (Aplausos). El épico combate del 2 de mayo hizo escalar al Perú la montaña de la gloria. (Grandes aplausos.)

Comparando la energía de los hombres de ayer y las vacilaciones que tenemos hoy, yo tengo que exclamar con el gran tribuno romano: «Oh tiempos. ¡Cuánto ha descendido la energía en el Perú en el espacio de medio siglo». La generación de ayer pudo cometer errores, no importa; pero tenía el aliento que ha creado a los grandes pueblos. Nuestra generación lleva el cáncer del abulismo en el corazón. Yo me dirijo a los senadores para decirles: Reaccionad, aprobad esa orden del día por aclamación, inspiraos en el aliento de la independencia y de la revolución del 65, e inscribid el nombre del Perú en una cruzada más grande que la independencia de un continente, en la Santa Cruzada por la redención de todos los pueblos de la tierra. (Aclamaciones, vivas, aplausos).

---

El señor CORNEJO aceptó en los siguientes términos la adición propuesta por el señor Miró Quesada en la orden del día, reducida a citar la declaración del Ministro de Relaciones Exteriores en la Cámara de Diputados.

Señor Presidente:

Profundamente agradezco las palabras del señor Miró Quesada; también le agradezco sus conceptos patrióticos en favor de las ideas que he sustentado.

La modificación que mi distinguido amigo propone, lejos de alterar la orden del día que tuve el honor de presentar, le da por un lado la amplitud de vincularla a los ideales expresados por el Presidente Wilson, y que como muy bien ha dicho, serán el evangelio del derecho internacional futuro; por otro lado, haciendo referencias a la declaración del señor Ministro de Relaciones Exteriores, le da la perspectiva de que continúe la orientación de nuestra cancillería hacia los fines que exige el interés y el honor del Perú y el porvenir de toda la América. (Aplausos).

Acepto pues la orden del día con la adición que ha formulado el doctor Miró Quesada. Pero no puedo concluir sin expresar también mi profunda gratitud al Presidente del Senado y a todos los Senadores, que con espíritu liberal, han aceptado que la opinión conozca y pueda apreciar y juzgar las razones históricas, políticas y diplomáticas que imponen la obligación a todos los hombres públicos de este país de unirse en el mismo credo patriótico, para fijar la actitud del Perú frente al conflicto mundial. (Aplausos en la barra).

Señores, la política es el arte más difícil y más arduo, es el arte de encarnar los ideales morales en la realidad; por eso, así como el piloto mira al cielo para fijar la latitud y los meridianos, el político mira el ideal para fijar los círculos máximos, sin duda invisibles e hipotéticos, pero que trazan su camino a los soles en el espacio y a los pueblos en la historia. (Aplausos).

Señores, ese es el significado de la orden del día que va a aprobar el Senado, ese el significado de la sesión solemne de ayer y de la histórica de hoy: conseguir que el Perú entero dirija su vista a la brújula que en las manos firmes del Presidente Wilson señala invariablemente el porvenir. (Aplausos).

---

La orden del día aprobada por unanimidad fue la siguiente:

*El Senado declara que la política internacional del Perú debe inspirarse en el principio de solidaridad de los pueblos del continente con los Estados Unidos de América, en armonía con los ideales de justicia internacional proclamados por el Presidente Wilson, y con las declaraciones formuladas el 5 de los corrientes, por el señor Ministro de Relaciones Exteriores en la Cámara de Diputados.*

*Lima, 8 de Setiembre de 1917.*

El PRESIDENTE.—Aprobado por unanimidad.